

# EL PILOTO DEL MESSERSCHMITT MANUEL JULIÁN

UNA TUMBA EN UN CAMPO DE CEREALES



MJW  
WRITINGS



# EL PILOTO DEL MESSERSCHMITT

Manuel Julián



Cuando éramos niños dábamos largos paseos. En la mayoría de los casos íbamos caminando y otros más afortunados en bicicleta. Las calles de El Prat no estaban tan pobladas como ahora y enseguida, el pueblo se nos hacía pequeño, por lo que nos aventuramos por aquellos caminos rurales y campos. Uno de nuestros trayectos preferidos era la Carretera de la Aviación, una zona asfaltada que bordeaba los límites del aeropuerto y que finalmente nos conducía hasta la misteriosa playa del faro.

Recuerdo una tarde en la que las ranas croaban en el canal y los estorninos se movían como una única nube de humo, que a mitad de camino y en medio de un huerto de maizales y alcachofas descubrimos un pilón de cemento con una cruz que señalaba una tumba. Todos nos preguntamos quién podría estar enterrado en aquel campo tan alejado del pueblo.

Título original: “**El piloto del Messerschmitt**”

Autor: Manuel Julián

Website: [julianswritings.com](http://julianswritings.com)

E-mail: [julianwritings@gmail.com](mailto:julianwritings@gmail.com)

© **MJW** Manuel Julián Writings

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Imagen de portada: Manuel Julián.

© Diseño gráfico: Edwards Owen

Primera edición: marzo de 2016

Publicación: Apple Books

# Índice

Capítulo	Título	Página
1	Humedales del Remolar	12
2	Escuela de pilotos	18
3	Día de pesca	22
4	Visita al aeródromo	25
5	Rescate en los humedales	32
6	Lección de paciencia	39
7	Invierno en El Prat	44
8	Calma en la tristeza	50
9	El campo del aviador	54
10	Alas de barro	61

# Prologo

*“Aunque mis ojos ya no puedan ver ese puro destello, que me deslumbraba. Aunque ya nada pueda devolver la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no hay que afligirse. Porque la belleza siempre perdura en el recuerdo”*

**William Wordsworth** Inglaterra, 1770 - 1850

“Esplendor en la hierba” **Elia Kazan** Estados Unidos, 1961

Ignasi Busquets había querido ser escritor, aunque casi siempre uno es lo que le depara la vida y una buena parte de lo que te permite tu infancia.

Ignacio; que era como siempre le habían llamado desde niño, había querido ser escritor, aunque para él un escritor sería alguien que ha publicado lo que escribe y él no lo había hecho, por lo menos, no todavía. Sus amigos no le preguntaron por qué, si no, para qué quería ser escritor y si con ello se referían a una gran fuente de ingresos, estaban equivocados.

Desde Esdras el escriba, e incluso desde mucho antes hasta nuestros días, la escritura lo había sido todo. Aunque se dijo que las piedras clamarían, sin escritura no quedaría casi nada de la escasa historia que hoy conocemos. Qué poco sabemos sobre la verdadera vida de nuestros antepasados, sobre sus

anhelos, miedos y alegrías; pero nadie mencionó lo del dinero y para Ignacio, escribir era lo más parecido a pasar hambre. Luego, tenía otro sentido menos peyorativo, quizá uno más metafísico o espiritual, en su caso, escribir era, además de la lectura y los museos, la única manera de conocer e incluso revivir la historia; crear personajes, compartir sus vidas, reflexionar sobre uno mismo y lo que estaba aprendiendo..., pero no era rentable. Afortunadamente aún conservaba su trabajo en Barcelona.

Ignacio trabajaba en el cine, pero no como alguien pudiera imaginarse. Comenzó vendiendo entradas o palomitas, apenas era un chaval. No terminó los estudios superiores porque amaba a Marta y lo suspendía todo, tenía prisa por encontrar trabajo, por dar alguna cohesión a lo que sentía por ella y lo que podía ofrecerle. Pero no llegó a tiempo, porque Marta ya había mirado para otro lado, el muchacho en que se había fijado era más joven, alto y más estable que él, un amigo de Ignacio, o alguien que lo parecía. Ignacio sintió eso que llaman la angustia de la soledad y se refugió en las viejas películas, los libros y la comida basura hasta que su hermano le regaló su máquina de escribir. Luego el señor Miralles le ofreció la delicada tarea de tercer acomodador en el anfiteatro y finalmente, cuando se jubiló Manuel, Ignacio le sustituyó en la cabina de proyección donde ha estado al cuidado del antiguo proyector cinematográfico hasta el día de hoy.

La industria del cine estaba pasando por su peor momento, en solo seis años se habían cerrado más de seiscientas salas por todo el país, tres de ellas en su propio pueblo: el cine Monmari, el Moderno y el Artesano.

La oferta lúdica, las copias ilegales, la comodidad del visionado en casa a través de aparatos cada vez más sofisticados así como el aumento paulatino de los precios de taquilla, abocaban las salas de cine de toda la vida a una extinción agonizante. Un final suavizado en algunas ocasiones por la reforma del edificio con fines comerciales o culturales.

Ignacio solo sabía poner películas de treinta y cinco milímetros en una desgastada máquina modelo Victoria 5 de hierro fundido y fabricada en Italia

por Cinemeccanica. Toda una proeza para estos tiempos de tecnología digital. Muchas veces había pensado en qué haría si se quedaba sin trabajo. Se sentía algo mediocre, su sueldo lo era, y con poco futuro a pesar de que podía recordar de memoria muchos diálogos y frases de Humphrey Bogart, Paul Newman o Groucho Marx.

En el mundo real, la gente tenía poco sentido del humor. A veces se imaginaba a sí mismo en una entrevista de trabajo respondiendo a la pregunta. ...y usted, ¿qué sabe hacer?

—Yo sé repetir casi todo el diálogo de “Al este del Edén”, “Esplendor en la hierba” o de “Sopa de Ganso”. Su respuesta no encajaría en ese estúpido concepto al que llaman el perfil. Algo parecido al mundo feliz de Aldous Huxley en el que las personas del mismo perfil eran felices haciendo exclusivamente lo único que sabían hacer sin plantearse otras posibilidades.

Los diálogos de cine habían despertado en Ignacio su pasión por la literatura, por los libros raros y biografías y por supuesto por los clásicos de cine. Con todo lo que encontraba en viejas y polvorientas librerías o mercadillos de segunda mano podría componer el storyboard de un nuevo relato.

El primer libro le había ocupado más de diez años, diez años de su vida, y aún lo estaba corrigiendo, en cambio ahora iba mucho más deprisa, las nuevas tecnologías lo hacían posible, atrás había quedado su vetusta Olivetti, que siempre se atascaba en la efe, los correctores con pincel y las hojas de calcar. De todas formas, una página en blanco es siempre una página en blanco, no importa que sea de papel o sobre una pantalla, siempre suele aparecer la misma línea parpadeante que espera impertérrita a concluir su letargo. A menudo, la espera estaba acompañada por miles de preguntas detenidas sobre la punta de un cursor o de un bolígrafo, un acopio de millones de electroestímulos que recorrían la autopista de lo imaginado y lo real al mismo tiempo.

Dormía poco y ahora tenía el sueño de incontables noches de camino a la estación, rutinas y trenes. Todo era normal menos su vida. No se podía decir

que no lo había intentado, pero no pudo evitar sentirse atrapado en ella, como si hubiera caído en una trampa oculta.

La telaraña estaba allí, en el devenir de los días, una asfixiante morfología de suspiros o decepciones en los que el cebo habría llegado a ser él mismo. Si en ese momento cerraba los ojos, si se concentraba en el pasado, podría oler, oír y hasta ver a sus compañeros de clase jugando en el patio del colegio, tendría entonces unos doce años, después se miraría en el espejo y sin llegar a reconocerse en su foráneo e invasivo aspecto, se preguntaba cada mañana, a dónde habían ido a parar los últimos cuarenta años, ¿qué o quién se los había arrebatado? Todo ese tiempo se había desvanecido para siempre.

Aún conservaba la colección de fósiles y minerales de su hermano Emilio, él siempre había tenido las cosas claras y en su caso él sí que había completado sus estudios en la facultad de Geología de Barcelona, fue una época muy agradable en la que cada piedra o fragmento encontrado entrañaba algún significado. Emili Busquets realizaba complejos estudios geofísicos por encargo para ayuntamientos, constructores y arquitectos, arqueólogos o paleontólogos y propietarios particulares, muchos de los cuales necesitaban saber lo que había debajo del suelo sin llegar a horadar toda una zona con los costes y daños medioambiental que supondría dejar una vasta extensión de terreno como un gruyere.

De niños, en El Prat de Llobregat, con un sencillo rastreador de metales, dedicaban mucho tiempo a su actividad favorita como cazatesoros aunque lo único de verdadero valor que encontraron entonces fue el tesoro de compartir una intensa infancia de increíbles aventuras.

El Prat de Llobregat era un lugar para muchos con pocos atractivos, pero para Ignacio, renunciar a su recuerdo del lugar sería casi como renunciar a la mitad de su vida. No hay lugares buenos ni malos, solo hay recuerdos y todos se parecen, en cambio, algunos de ellos, a veces son buenos, algo que siempre queda como un fragmento residual en el colador de nuestra frágil memoria.

“Los días nos erosionan redondeando las aristas de la incertidumbre”.

Pensó en esta frase repleta de metáforas y luego la anotó en una libreta, sus bolsillos estaban siempre llenos de lápices y papeles doblados con anotaciones. Cada porción de la frase le sugería nuevas formas e imaginó al viento, como las experiencias de la vida, puliendo nuestro carácter, suavizando de esperanzas todos nuestros temores. La canción de Bob Dylan le susurraba algo al oído sobre dónde buscar las respuestas “la respuesta está en el viento”, y pensó que el riesgo de vivir parecía menos temerario en la letra de una antigua canción o en las páginas de un libro. Es posible que esa fuese la razón, aunque la gente ya no leía tanto como antes. Escribir, escribir, escribir; en un papel abandonado, en el dorso de un prospecto o el margen de un periódico, esperando, caminando, descansando, todos aquellos recortes o fragmentos eran retazos de una misma historia sin orden ni sentido, reunidos o amontonados sobre la mesa, aguardando, conociéndose, lamentándose.

Él seguía escribiendo, digamos que lo hacía, aunque pudiera sonar algo egoísta, por sí mismo y por todo lo que sintió una vez por una chica llamada Marta, de cuya influencia no se curaría nunca. Cuando escribía, se alejaba de la rutina y de lo cotidiano para sumergirse en un submundo que transcurría paralelo al suyo pero mucho más maleable y alternativo. Por ello, esa misma tarde mientras miraba por la ventanilla de un tren con destino a Barcelona abrió la pantalla de su notebook, cerró los ojos y colocó sus dedos sobre las primeras líneas:

## Humedales del Remolar

Desde muy temprano, los campos habían estado cubiertos por una niebla blanquecina, el suelo escarchado crujía y se agrietaba iluminado por los primeros rayos de un sol que tímido y perezoso anhelaba el aliento de los humedales. El agua del Remolar, agitada por los ánades, describía amplios círculos entre la bruma. Un poco más adelante, bajo los cañizos y cortaderas, se hallaba el cenagoso cobijo de las ranas.

A lo lejos un perro ladraba porque había oído el carro del portugués en dirección a La Volatería. Las ruedas se hundían sobre el fango en el paso de la albufera y el portugués azuzaba al animal para que redoblara su esfuerzo de arrastre. El animal resopló avivando la suspicacia del podenco, los perros no cesaba de ladrar en la lejanía. Una asustadiza bandada de Francolins remontó el vuelo hasta la pineda y sin otro sonido ni otra luz, el carro se detuvo a las puertas de la masía.

El sudor de la mula despedía un vaho antiguo de establo, de paja empapada en orines y cuero, unos minutos después el portugués proseguiría con su acostumbrada rutina; algo sencillo, recoger los pollos y los huevos que horas después vendería en el mercado de La Plaça de la Vila. Mantenía los mismos precios y pronto se deshacía de ellos: los pollos a 35 pesetas el kilo y los huevos a 16 pesetas la docena. Tardaría una media hora, ya no era un chaval, en atrapar a todas las aves y encerrarlas en las jaulas, pero antes disfrutaría de la hospitalidad de Lucía y sus nutritivos desayunos. Ella había nacido aquí,

pero sus padres eran inmigrantes italianos. Antes de casarse había trabajado como secretaria y ahora impartía clases a los niños porque no podía recorrer diariamente la distancia que les separaba del colegio.

El portugués tenía una ligera cojera en la pierna derecha, nunca explicó como se lo había hecho, ni gustaba de responder a preguntas sobre su pasado, pero la humedad de El Prat le corroía los huesos hasta anular su voluntad y siempre que le era posible evitaba caminar.

Al cruzar el portón le esperaba Joan, un inagotable niño de doce años, el hijo menor de la dueña. Era un joven inquieto y ávido de aventuras que pudieran de algún modo quebrar el tedio de la vida en el campo; desde la muerte de su padre, el portugués era para el niño lo más parecido a su concepto de una figura paternal.

Sobre un fondo de paredes ocres, el herrumbroso reloj de sol proyectaba sus primeras sombras sobre el seis de la numeración romana, una línea oscura de tiempo, testigo preciso y fiel del transcurrir de los días. Era la misma sombra que se hallaba inscrita en el cerebro de todos los animales de la granja como una huella genética de un mundo anterior. El gallo entonaba otra vez su instintivo canto matinal cuando el portugués y el muchacho, entraron charlando animadamente en una amplia y humeante cocina. Lucía se había recogido el pelo y mirado al espejo justo antes de que llegaran. Con su delantal limpio y sus mejillas sonrosadas daba la impresión de que era una mujer dócil y vencida por la timidez, pero lo cierto es que la casa y el negocio seguían en pie, Lucía tuvo que tratar con una multitud de avaros oportunistas y criar a sus tres hijos, a solas. Su esposo bebía, le era infiel y además la maltrataba física y emocionalmente, nunca le denunció, si lo hacía, los niños sufrirían las consecuencias –era capaz de hacerlo, ella sabía que era capaz. Pero una mañana de un lunes de octubre, llamaron a su puerta para que acompañara a dos policías hasta el depósito y reconocer el cadáver de su marido. Se había caído borracho, por las escaleras de un burdel, un accidente absurdo y fortuito que acabó con su miserable existencia, pero que ahora, despejaba infinitas posibilidades en la insignificante existencia de Lucía. Todo ello le había forjado

un temperamento resuelto e irreductible, una anticipada determinación le mantenía viva a ella y sus esperanzas, el convencimiento meditado y profundo de no rendirse jamás. Pero a pesar de ello, se sentía cansada, esperar y hacerlo durante tanto tiempo le tenía igual de agotaba que si hubiera atravesado descalza el más inhóspito y profundo de los desiertos. Los días nos erosionan redondeando las aristas de la incertidumbre.

—No sé, Joan, no sé cuándo podré comprarme la camioneta.

—Bueno, pero cuando lo hagas quiero ser el primer pasajero que lleves. ¿Me lo prometes? El perro del niño meneaba la cola y parecía que hasta él esperaba la respuesta.

—Cuenta con ello, muchacho, —respondió acuciado por su persistencia y luego añadió: —pasearemos por El Prat y luego daremos una vuelta por los alrededores de Viladecans y los sábados, si haces bien tus tareas, podrás acompañarme al mercado de Valls. Siempre, y claro, que tu madre no tenga ningún inconveniente...

Joan le escuchaba embobado, con la infantil ilusión de un joven de su edad y en su caso, uno de fértil imaginación y luego miró a su madre. A ella le molestaba que el portugués creara falsas expectativas en el niño, porque siempre era ella la que después tenía que mediar entre el mundo real y sus decepciones.

Ignacio levantó la vista del teclado al tiempo en que la megafonía del tren anunciaba la estación de Paseo de Gracia. Hacía más de veinte años que vivía lejos de El Prat, a unos treinta kilómetros. A penas lo visitaba. Antes de que hicieran el paso subterráneo, aún se podía ver la fábrica textil donde trabajó los veranos, o por lo menos lo que quedaba de ella, y el colegio de su infancia, pero ahora las vías se prologaban por el subsuelo hasta emerger sobre el puente del río Llobregat, el río lóbrego.

Una confusa lista de nombres y lugares se entretejían conformando una complicada maraña: El remolar, Comabella, Hereter..., después de intercambiar varios correos con el Archivo Histórico de El Prat, consultar los libros del Dr. Jaume Codina y navegar durante horas entre las confusas y en

repetidas ocasiones contradictorias páginas de internet, Ignacio sentía que se distanciaba cada vez más de la historia. ¿Qué era o fue realmente La Volatería? ¿Se trataba de un coto privado de caza, un aeródromo, un criadero de aves, una marisma repleta de patos?

Si quería escribir sobre lo sucedido un día de diciembre de 1940, debía conocer mejor la zona y la época en que se produjeron los hechos, aunque esto en sí mismo no sería una tarea fácil. Después de tanto tiempo, cambios topográficos, absurdas decisiones políticas y testigos oculares que ya habían fallecido; la dificultad por recuperar los vestigios de aquella historia podría arrastrarle hasta el desánimo y desistir.

En un portafolio llevaba la reproducción de un dibujo fechado en 1970, al desplegar el mapa, lo primero que se podía observar era una franja verde que se extendía hasta el suroeste desde lo que llamaban Las Filipinas, hasta la carretera de La Volatería.

Con todos los datos que pudo recopilar visitó varias bibliotecas, el nombre de El Remolar se citaba algunas veces asociado a una carpintería donde se fabricaban remos para pequeñas embarcaciones, pero después cayó en sus manos la segunda obra del historiador Jaume Codina i Vila: *“La gent del fang”*, un registro histórico que se remontaba hasta el año 965.

Desde principios del siglo XIV, la zona de los humedales había gozado de cierto prestigio como reserva de caza y acuífero natural.

El libro del Dr. Codina describía en sus páginas cómo eran los humedales; una inmensa reserva acuática en un estado puro, casi primigenio. En derredor un escaso grupo de masías de estilo colonial, el inventario de las granjas incluía la de El Remolar.

En los años treinta, algunos jóvenes emigraron a Cuba para hacer fortuna, no todos lo consiguieron, un puñado de ellos no volvió y otros se arruinaron, aunque también hubo excepciones, como Jaume Casanovas, hijo de una modesta familia jornalera. Con apenas cuarenta años de edad ya había amasado una pequeña fortuna que invirtió en la construcción de algunas casas coloniales y luego compró los insalubres terrenos del Remolar para

transformarlos en campos de cultivo. En sus nuevas propiedades edificó la colonia Casanovas como una granja experimental o modélica y en la que por primera vez brotaría el agua artesiana.

El Prat de aquel entonces se comunicaba por antiguos caminos rurales como el de la Ribera o el de la Albufera. Uno de aquellos primitivos pasos medievales era la carretera Bovatera, que conducía, después de varios días de trayecto, hasta Valencia.

El delta marcaría desde el principio toda la evolución histórica del Prat, en muchas ocasiones, la propia crecida del río anegaba los campos e inundaba calles y casas. Una de las inundaciones más presentes en la memoria de la gente fue la de san Antonio en 1898, la riada, que supuso una tragedia ecológica, arrasaría campos y terminaría con la vida de muchos animales de granja provocando notables pérdidas.

Geológicamente, el punto más alto sobre el nivel del mar era la Plaza de la Vila, aunque a simple vista, todo el Prat -todo el prado- se perfilaba como una misma extensión plana y sin relieves. Durante el siglo XIX más de una cuarta parte de la tierra estaba permanentemente inundada. En este lugar los sedimentos producían un fango –un barro casi líquido- que tardaba mucho tiempo en secarse. Las zonas pantanosas habían albergado después de largos siglos una profusa vida acuática y en sus riberas, cada año anidaban abundantes especies de aves migratorias, acudían cada año guiadas por un instintivo ritual de apareamiento que las mantenía con vida en climas más suaves.

El gran estanque de El Remolar tenía una forma que recordaba la hoja de un eucalipto y era frecuentado por los pescadores cuando el temporal no les permitía faenar sobre un mar embravecido.

En la descripción de los aparejos de caza y pesca se incluía una herramienta llamada Fítora<sup>1</sup>, algo así como una jabalina o puntiagudo tridente con la que arponeaban a los peces.

La profundidad de las marismas era escasa y compuesta por lechos arenosos que dificultaban su tránsito, las barcas que se construían debían ser de poco calado y a su vez del tamaño que pudiera transportar animales, mercancías y personas. En muchos casos, para desplazarse entre los humedales se valían de una larga pértiga y con ella saltaban a las diferentes orillas.

En la mente de Ignacio se había encendido una tenue luz, una especie de ruta o conexión de ideas dispuestas en orden lógico: Llar (hogar) Rémol Llar (el hogar del Rémol), El Remolar.

Mucho antes de que diversas asociaciones ecológicas de nuestro tiempo intentaran protegerlo ante el voraz avance del aeropuerto, los humedales habían pasado por críticos episodios que amenazaron su completa extinción.

Un recorte de prensa de diciembre de 1889 y digitalizado para la hemeroteca de La Vanguardia citaba el contenido de una conferencia ofrecida por el Sr. Felipe de Hita, vicepresidente de La Lliga de Catalunya. El candente tema y motivo de afluencia de una considerable multitud de ciudadanos era el “Saneamiento del bajo Llobregat”. Durante ese año, las bajas entre la población civil a causa del paludismo y el cólera eran cada vez más numerosas y alarmantes. Los contagios avanzaban a una vertiginosa velocidad y todo el mundo estaba en riesgo de infección. Algunos no querían ni siquiera pasar cerca del pueblo y esto afectaba las relaciones comerciales y sociales.

Había que tomar complicadas decisiones políticas o sanitarias y había que hacerlo enseguida para evitar la proliferación de los mosquitos, cuestión de días los humedales se convertirían en la principal amenaza. La propuesta de La Lliga consistía en la desecación de los lagos cubriéndolos de tierra y desviando sus cauces. La superficie del pantano del remolar era por entonces de más de un kilómetro de largo por cien de ancho.

## 2

### Escuela de pilotos

La Volatería, primavera de 1940.

Lucía le había servido al portugués una exquisita tortilla de espárragos trigueros, con tostadas de escalibada, vino y café. Se detuvo observándole mientras comía, parecía que aún conservaba ciertos modales:

—Hace mucho tiempo que nadie trabaja estas tierras baldías, se están llenando de hierbajos y ranas, así es que voy a venderlas—.

—¿Vas a vender las tierras?, y ¿la granja también?

—No te preocupes, los pollos y las gallinas se quedarán aquí y también conservaré el huerto y los árboles frutales. Pero no puedo rechazar la última oferta que he recibido—

—¿Quién quiere comprarlas?, ya vendiste la mayor parte de las tierras a los pilotos—

—El portugués, se sentía ofuscado y su voz no sonaba a los fados de sus canciones. —No estoy segura de quienes son, pero sí sé que también son aviadores—

—¿Aviadores?, y ¿qué pretenden hacer en estas tierras?—

Hacía ya algunos años que la escuela de pilotos Pujol & Comabella se había establecido en La Volatería, al principio solo se trataba de una grasienta lona sujeta a unos árboles donde se guarecían algunos destartados aviones y cuatro latas de aceite y pertrechos. Tiempo después construyeron una pequeña

edificación para descansar y dormir y que los mecánicos no tuvieran que desplazarse cada noche los quince kilómetros que distaban de Barcelona. Lucía había colaborado desde el principio con ellos preparando algunas comidas, lavando sus ropas o adecentando las instalaciones.

Ella no tenía la obligación de dar explicaciones sobre lo que haría con sus pertenencias, pero el portugués era casi de la familia: —Necesitan un lugar para probar nuevos aviones, esta extensión de terreno les convenció—  
—Como sigan haciendo tanto ruido, las gallinas dejarán de poner huevos. ¿Sabes lo que significaría eso?

Serían casi las nueve cuando el portugués descargaba las jaulas en las puertas de la plaza. El mercado, inaugurado en 1921 ofrecía una gran variedad de productos. El primer olor al entrar era el de azafrán, olivas aliñadas y bacalao, el portugués llevaba mucho tiempo en esto y ya estaba acostumbrado a trabajar entre el alboroto de las aves y el tumulto de las paradas de fruta y pescado, la iglesia no tardaría en repicar las campanadas de las nueve con un sonido que recordaba el Big-ben de Londres. El hierro fundido de las campanas palpitaba al tiempo en que los niños entraban en el colegio, precisamente mientras el mossèn agitaba el azúcar de su café asomado a la ventana de la parroquia. Un café con magdalenas y un poco de chocolate de Suiza obsequio de un feligrés que intentaba calmar su conciencia con dinero y regalos. Pero, la conciencia siempre tiene hambre y la madre iglesia muchos gastos así es que el donante de chocolate se hizo también asiduo de la bodega de la calle mayor, un lugar en el que ahogar sus penas en Merlot añejo y confesiones entre vasos de cristal sobre barras grasientas de madera antigua. Cosas que jamás le contaría a nadie excepto a Nicolás, el tabernero. Nicolás nunca daba consejos, no hacía preguntas, ni recetaba avemarías solo sabía escuchar y para algunos, eso era suficiente. Hoy brillaría el sol en El Prat de Llobregat aunque los pensamientos del portugués se parecían más bien a un día nublado, ¿cómo afectaría a su negocio de la volatería la venta del resto de las tierras?

Dos semanas después Lucía recibía la visita de Germán, el notario, los documentos de la venta ya estaban dispuestos, después llegaron los nuevos aviadores y cerraron el trato. A finales de marzo aterrizaba el primer avión con alas de metal. Uno de ellos era alemán, el nombre era casi impronunciable, pero se trataba de uno de los reyes del cielo y solo había diez de ellos. Todo se sucedía ante los atónitos ojos de Joan, luego, un camión con hombres y herramientas. Los martillazos los ruidos de la sierra y las voces de los hombres eran sonidos nuevos que el viento arrastraba hasta la granja como un eco envuelto de misterio.

Ignacio volvió a sumergirse en la maraña de la información digital, una travesía informática en la que podías navegar sin necesidad de tener conocimientos náuticos. Serían las diez de la noche y ya había cenado y consultado veintenas de páginas con imágenes, relatos, fechas, y efectuado un sinnúmero de anotaciones; pronto el reloj de su escritorio alcanzaba la una de la madrugada, pero antes de ir a dormir escribió un mensaje de correo para el nieto de Josep Monés Amat, constructor de la época de los Indianos y sobrino del piloto Josep Canudas. La dirección se encontraba en su página de fotografías y recuerdos familiares, durante un breve instante dudó entre apretar la tecla suprimir o intro, finalmente lo envió, de inmediato pensó en que probablemente ni siquiera lo leería. Seguramente le pasaría igual que aquella mañana en el tren.

Había un hombre sentado en el lado del pasillo absorto en la lectura de un grueso paquete de folios. Estaban escritos por una sola cara a doble espacio y llevaba además una bolsa de plástico rígido con el nombre de una conocida editorial, su aspecto y comportamiento, todo parecía muy sugerente. Ignacio se armó de valor y se le acercó procurando no sobresaltarle. Le preguntó si era corrector de estilo y el hombre aunque visiblemente incómodo asintió. Luego le preguntó si quería leer un relato breve, solo catorce páginas. Le interesaría mucho conocer su opinión, no hacía falta que fuese en aquel preciso momento, le escribió su nombre, su teléfono y dirección de correo electrónico en el margen de una hoja y se despidieron.

Tres meses después de no haber obtenido respuesta, Ignacio se sentía como un perfecto idiota. Con esa imagen de ingenuo reflejada en el espejo del lavabo y adherida a él como si no fuese suya se fue a dormir.

A las once y veinte del día siguiente recibió una llamada de un número desconocido, estuvo tentado a rechazarla para no tener que soportar las persistentes ofertas de las teleoperadoras, pero respondió. Se trataba de Alex, el nieto de Josep Monés Amat. Fue toda una sorpresa; su abuelo había sido el constructor de la Torre Rosendo, una masía que durante mucho tiempo pertenecía a un grupo de granjas diseminadas por una extensa zona de El Prat agrícola hasta la llegada de la industria y las primeras fábricas. El arquitecto que supervisaba las obras era el modernista Puig i Cadafalch. Torre Rosendo fue después una biblioteca y tiempo después se convirtió en la escuela de La Seda, el colegio del que él mismo había sido alumno hasta 1978. Todo esto le parecía fascinante y emotivo, pero lo que realmente necesitaba saber era dónde se había encontrado la masía La Volatería de la que las páginas web de AENA hablaban en su apartado de historia del aeropuerto. Alex no lo sabía, pero en cambio le habló de su tío bisabuelo Josep Canudas i Busquets, el piloto impulsor de la aviación en Cataluña. En cierto modo Alex era en estos momentos el único albacea de los recuerdos familiares, entre ellos una considerable cantidad de fotografías de la época, algunas de las cuales ya habían sido publicadas o cedido para obras de consulta digitales y en papel.

# 3

## Día de pesca

La hierba se había empapado de millones de diminutas gotas que ahora azotaban las piernas desnudas de Joan. Caminar entre la vegetación con pantalones cortos tenía sus inconvenientes y su madre siempre le insistía en que después de sus excursiones y antes de entrar en casa debía limpiarse las rodillas con una esponja humedecida en jabón. A Joan le disgustaban las obligaciones sobre el aseo y constantemente intentaba escabullirse de ellas.

Esa mañana de sábado, no había terminado de cepillar a los animales cuando le dijo a su madre que se iba a pescar, no dio tiempo a que Lucía pudiera responder y tuvo que conformarse con ver desde la ventana como el niño se alejaba rápidamente con Pluc, su inseparable perro y compinche de travesuras.

El agua del remolar estaba quieta y apacible, Joan conocía el mejor lugar para esperar y se aproximó a él sigilosamente. Después de quitarse las botas y los calcetines y hundir los pies en el fango, miró a Pluc con el gesto de: siéntate en la orilla y ni respire, y el perro obedeció expectante. Seguramente había cientos de Rèmols (Rodaballos) descansando sobre el fondo arenoso del estanque, pero no sería fácil verlos. El pez, integrado en un perfecto mimetismo con su entorno, ofrecía el lomo grisáceo y plano de color arena como una aprendida estrategia de camuflaje mientras que su panza amarillenta y pálida quedaba oculta a la vista de sus captores. Pero incluso los peces respiran, Joan vio las pequeñas burbujas en el agua y agarró con fuerza la Fítora, de la misma manera que una vez le enseñara su abuelo.

Avanzó notando cómo el lodo resbaladizo tintaba el agua cristalina con una densa nieve marronosa en suspensión. El pez, que se sentía descubierto, había contenido la respiración y Joan había hecho lo mismo. Uno de los dos debía ser más rápido que el otro, Joan alzó despacio su arpón y en ese preciso instante, el rugido de un pequeño Vendôme, rompía la quietud de los humedales creando con sus hélices un inesperado torbellino de aire y briznas de hierba. Pluc comenzó a ladrar, al tiempo que un enjambre de aves asustadizas se alzaban en torpe confusión y el Rèmol, que había aprovechado la distracción, conseguía huir como un pañuelo de seda aventado por el aire.

Ignacio apagó el televisor y se fue a dormir abrazando uno de los libros que había tomado prestados en la biblioteca.

Después de la 1ª gran guerra, hacia el 1916, Pujol Comabella adquiría las planicies próximas a los humedales. Al principio no era nada más que un trozo de terreno yermo, pero con el tiempo, solo cinco años después, se convertiría en la escuela de pilotos Pujol, Comabella y Cia.

Los mecánicos; impulsores de una incipiente industria aeronáutica, eran de los talleres Hereter.

Se construyeron allí mismo los talleres y hangares que albergarían la nueva Escola Catalana d'Aviació.

Dos años después, en diciembre de 1918, Talleres Hereter firmaba un acuerdo con Monsieur Pierre George Latécoère, que a su vez era el propietario de la principal compañía aérea comercial de Francia. No pasó mucho tiempo hasta que La Volatería se transformara en un aeródromo.

Levantó la vista mirando la pared dubitativo y pensó en el verdadero interés que todos aquellos datos podían tener para su relato, mientras mordisqueaba un lápiz recordó lo del libro abandonado.

Fue un día de primavera, después de Sant Jordi. Ignacio había encontrado un libro extraviado en la calle, sobre un banco, junto a una rosa marchita. El libro había sido premio de novela Fernando Lara catorce años antes, sin embargo en la página 156 su antiguo propietario había escrito con trazo oblicuo sobre el texto:

— “¡Qué desastre, que pena haber gastado 18 euros!”.

A pesar de ello, el dueño de la frase había completado toda su lectura, puesto que más delante había otras anotaciones imprecisas en los márgenes de sus páginas. Una de ellas emborronaba el texto original, esta vez arremetiendo contra uno de sus personajes llamada Teresa, a quien consideraba vacío.

Buscó de nuevo ese libro náufrago y decepcionante entre otros que engrosaban las estanterías o aparecían esparcidos sobre su escritorio o debajo de una lámpara, en el suelo, junto a una silla y lo encontró con los mismos trazos a lápiz sobre las hojas impresas. Frases que no pertenecían al autor, pero que habían quedado para siempre como un vertido de petróleo sobre la orilla de sus páginas. Fundidos en dos mundos el escritor y el lector unidos por el hilo umbilical de una historia huérfana de abrazos y querencias. Ignacio tuvo miedo de acabar así, inspirando la pena y el desastre, vaciando su libro de sentidos y coherencias, vacío de emociones, de la textura fiel que envuelven los dedos que pasan sus hojas y la adicción a concluirlo y a saber lo que ocurriría en su final. Con esa misma y envenenada sensación sus ojos se cerraban al tiempo en que la aguja marcaba las dos de la madrugada.

El piloto del Messerschmitt  
Manuel Julián  
Edición revisada 23 mayo de 2025  
WebSite: [julianwritings.com](http://julianwritings.com)